

**YIRA, YIRA. ESCENARIOS DEL LIGUE HOMOSEXUAL
EN LA LITERATURA ARGENTINA (1903-1962)**

**YIRA, YIRA. SCENARIOS OF CRUISING
IN ARGENTINE LITERATURE (1903-1962)**

JORGE LUIS PERALTA¹

UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA

Resumen: La práctica del «yiro» (ligue en espacios públicos o *cruising*) constituyó una institución central en la sociabilidad homosexual argentina durante buena parte del siglo XX. Por tratarse de una forma de sexualidad considerada abyecta, sus representaciones literarias fueron escasas hasta la década de 1970, cuando la emergencia del activismo y de nuevas subjetividades sexuales habilitó la visibilización, muchas veces orgullosa, de un submundo «homosexual» proscrito en la literatura considerada seria. El presente artículo propone reconstruir y analizar tres escenarios en el que el «yiro» pudo articularse discursivamente, tanto en textos de ficción como en literatura (pseudo)científica y en la prensa: la ciudad de Buenos Aires y la génesis del «yiro (1910-1940); el escándalo de los cadetes del Colegio Militar (1942), que llevó la prácticas homosexuales a las primeras planas de la época; y Europa como enclave de «yiro» en los años 50 para algunos viajeros argentinos que encontraron en el extranjero una libertad impensable en el contexto local. Al considerar un periodo mayormente hostil a las manifestaciones explícitas de deseo homosexual (1903-1962), se pueden explorar los modos disímiles en que el «yiro» entra en escena y las valoraciones morales que suscita, así como las estrategias discursivas para representarlo. Los escenarios y textos considerados revisten interés, además, porque constituyen el punto de partida de una tradición de disidencia sexual/textual que llega hasta el presente.

Palabras clave: Literatura argentina, siglo XX, espacio urbano, homosexualidad, homofobia.

¹ Este trabajo forma parte del proyecto de investigación «Memorias de las masculinidades disidentes en España e Hispanoamérica» (PID2019-106083GB-I00) del Ministerio de Ciencia e Innovación (Gobierno de España).



Abstract: The practice of «yiro» (cruising) was a central institution in Argentine homosexual sociability during much of the twentieth century. As a form of sexuality considered abject, its literary representations were scarce until the 1970s, when the emergence of activism and new sexual subjectivities enabled the visibility, often proudly, of a «homosexual» underworld banned in literature considered serious. This article proposes to reconstruct and analyze three scenarios in which the «yiro» could be discursively articulated, both in fictional texts and in (pseudo)scientific literature and the press: the city of Buenos Aires and the genesis of «yiro» (1910-1940); the scandal of the Military College cadets (1942), which brought homosexual practices to the front pages of the time; and Europe as an enclave of «yiro» in the 1950s for some Argentine travelers who found abroad a freedom unthinkable in the local context. By considering a period mostly hostile to explicit manifestations of homosexual desire (1903-1962), it is possible to explore the dissimilar ways in which the «yiro» enters the scene and the moral valuations it arouses, as well as the discursive strategies to represent it. The scenarios and texts considered are of interest, moreover, because they constitute the starting point of a tradition of sexual/textual dissidence that continues to the present day.

Keywords: Argentine literature, 20th century, urban space, homosexuality, homophobia.

1. Introducción

La consolidación, a mediados del siglo XX, de una subcultura homosexual masculina en la ciudad de Buenos Aires tuvo un correlato literario en novelas y relatos que, entre finales de los años 50 y comienzos de los 60, dieron cuenta de sus códigos y espacios distintivos.² El «yiro» (ligue en espacios públicos o *cruising*) callejero constituyó una pieza clave de la sociabilidad homoerótica que desplegaron textos como «La narración de la historia» (1959) de Carlos Correas o *Asfalto* (1964) de Renato Pellegrini. Sin embargo, las huellas literarias del «yiro» se remontan más atrás en el tiempo. Durante la primera mitad del siglo, la sociabilidad anónima y promiscua de los varones porteños quedó registrada, así sea precariamente, en un repertorio de textos heterogéneo, no solo literarios, sino también (pseudo)científicos y periodísticos, o en expedientes judiciales.

El presente artículo propone un recorrido por algunos de esos textos. Se concentra en particular, en tres escenarios: la ciudad de Buenos Aires y la génesis del «yiro» en las primeras tres décadas del siglo XX; el escándalo de

² Como explica Omar Acha (2014: 275-276), hacia mediados de los años 50 la homosexualidad se había desgajado del contexto más amplio de la «mala vida» de principios del siglo, de modo tal que los «homosexuales» pasaron a constituir un grupo diferenciado: «la singularización de los homosexuales fue percibida por la mirada homofóbica, pero ésta también notó con odio e incredulidad la toma de la palabra por aquellos y su reclamo de derecho a la felicidad. Más allá de las instituciones estatales y los discursos del régimen y la oposición, todo un mundo erótico fluyó, complejo, en esta década de coagulación de sentidos, que fue diferente del prevaleciente a comienzos del siglo XX. Luego de la caída del peronismo en septiembre de 1955 las tensas relaciones situaciones emergidas en la década peronista adoptarían nuevos bríos en una sociabilidad *gay* durante los años 1960».

los Cadetes del Colegio Militar ocurrido a comienzos de la década de 1940, que llevó la «homosexualidad» a las primeras planas de la época; y la experiencia del «yiro» practicado en Europa por algunos viajeros argentinos, como Abelardo Arias y Alberto Greco, durante los años 50 y 60. Diferentes pero complementarios, estos tres escenarios ofrecen interesantes perspectivas para valorar los cruces entre el «yiro» real y el literario. Al tratarse de un periodo mayormente hostil a las manifestaciones explícitas de deseo homosexual, la reconstrucción de estos contextos permite analizar los modos disímiles en que el ligue callejero pudo ser representado, las valoraciones morales que suscitó y las estrategias discursivas empleadas para dar cuenta de él. Partimos de la premisa de que estos escenarios y textos pioneros fundaron una tradición de disidencia sexual/textual cuyos ecos llegan hasta nuestros días.

Las fechas señaladas en el título –1903-1962– remiten a la fecha de publicación y redacción, respectivamente, de los textos que abren y cierran el recorrido propuesto: por una parte, el poema autobiográfico que la Bella Otero, un «invertido», ofrece al médico Francisco de Veyga, quien estudia su «caso» con fines científicos; por otra, el «Cuaderno Centurión» de Alberto Greco, que registra las andanzas sexuales del artista en París a comienzos de los años 60. Cabe tener presente que tres años antes, en 1959, Carlos Correas había publicado, en la revista universitaria *Centro*, «La narración de la historia», el primer relato que deja constancia de las dinámicas del «yiro» sin recurrir a la culpa ni al castigo (Peralta, 2021; Maristany, 2023: 13-25). Dentro del marco cronológico que consideraremos se fueron produciendo importantes cambios con respecto a la «homosexualidad». A la altura de 1959, la literatura pretendidamente científica sobre el tema no había desaparecido –en todo caso, se había producido un desplazamiento desde la criminología al psicoanálisis–³ pero el hecho de que emergieran voces homosexuales disidentes supuso una contestación importante a los discursos hasta entonces hegemónicos.⁴ Lo que nos interesa examinar es qué ocurre con el «yiro» y sus proyecciones en la literatura –y otro tipo de discursos– en los años que median entre los textos de la Bella Otero y Alberto Greco.⁵

³ Un ejemplo es el libro *Conflictos psicológicos de la sexualidad*, que incluye el artículo de David Lieberman «Génesis de las elecciones de objeto en un homosexual». Aunque el libro se publicó en 1973, el caso analizado se remonta a 1948.

⁴ Esa transformación no fue de la mano, sin embargo, de una mayor visibilidad del «yiro» en la literatura argentina. De hecho, podría afirmarse que no será hasta el retorno de la democracia cuando varios autores –como Oscar Hermes Villordo, José María Borghello o el propio Correas– tracen en sus novelas y relatos el mapa de las circulaciones del deseo homoerótico en Buenos Aires entre los años 50 y 60. Las grandes novelas publicadas en los 80 –como *La brasa en la mano* (1983, Villordo) y *Plaza de los lirios* (1985, Borghello), o la novela corta «Ricardo Cabrera: un problema moral» (1984, Correas) lanzan una mirada retrospectiva sobre una topografía del pasado en la que el «yiro» constituye el eje de las interacciones entre los personajes.

⁵ No nos ocuparemos de los textos de Carlos Correas y Renato Pellegrini, ya extensamente analizados en otro trabajo (Peralta, 2021) y que fueron objeto de censura, sino de textos que

El hecho de que el «yiro» haya sido –y continúe siendo– una práctica considerada abyecta ha tenido un impacto tanto al nivel de la realidad cotidiana como al nivel de las figuraciones literarias y culturales.⁶ En tanto ejemplo de «sexo malo» –siguiendo la definición de Gayle Rubin–⁷ el «yiro» supone el eslabón más bajo en una jerarquía de actuaciones sexuales ilegítimas y perversas. No puede sorprender, por tanto, que desde posiciones conservadoras, por heterocentradas, tanto el «yiro» como los sujetos que lo practican hayan sido objeto de valoraciones morales muy negativas. Las referencias al acto de «yirar» –ya se articulen desde el ensayo criminológico o desde la prensa sensacionalista– suelen portar una mirada estigmatizante, cuando no directamente horrorizada, ante lo que se considera una práctica sexual aberrante. En la literatura argentina, pasará mucho tiempo hasta que el «yiro» pueda ser tematizado –y reivindicado– en primera persona por los varones que lo practican. En el lapso que va de 1908 a 1962 se pueden encontrar, en consecuencia, muy pocos rastros, pero que confirman la centralidad del ligue callejero y su rol protagónico en las redes de contacto entre varones que se relacionaban con otros varones.

Antes de avanzar en el análisis, resulta indispensable establecer algunos parámetros terminológicos y conceptuales. En un trabajo anterior (Peralta, 2017), propusimos comprender el «espacio homoerótico» como un lugar re-apropiado y/o transformado por los sujetos a través de sus prácticas, muchas veces en abierta oposición al uso o significado original/oficial. Seguimos, en este sentido, la definición del Michel de Certeau (2000: 129) del espacio como «lugar practicado», que José Miguel Cortés (2010: 150) retomó en su descripción del «espacio queer»: «son los usuarios de un espacio los que tienen capacidad de dotarlo de contenido (a veces, incluso contradictorio y diferente para el cual fue creado), pues el espacio tan solo existe en la medida que se utiliza o se experimenta». La existencia de

o bien circularon sin problemas legales, o bien permanecieron inéditos hasta fechas recientes. En el caso de los expedientes judiciales del caso de los cadetes, que se creían extraviados, la investigación de Gonzalo Demaría (2020) reproduce algunos valiosos y reveladores pasajes.

⁶ Como advierte José Antonio Langarita (2015: 53), «la práctica del cruising no solo se pone en cuestión por tratarse de relaciones sexuales entre hombres, sino también por la promiscuidad y por la ruptura del consenso de exclusividad sexual que domina nuestro orden social». Ver también el ensayo autobiográfico de Alex Espinosa (2020), que traza una historia del *cruising* y sus significaciones cambiantes a lo largo del tiempo.

⁷ Para Rubin (1989: 140-141), el sistema de valores sexuales establece que «la sexualidad ‘buena’, ‘normal’ y ‘natural’ sería idealmente heterosexual, monógama, reproductiva y no comercial. Sería en parejas, dentro de la misma generación y se daría en los hogares. [...] Cualquier sexo que viole estas reglas, es ‘malo’, ‘anormal’ o ‘antinatural’. El sexo malo es el homosexual, promiscuo, no procreador, comercial o el situado fuera del matrimonio. Será la masturbación, las orgías, el encuentro sexual esporádico, el cruce de fronteras generacionales y el realizado en ‘público’ o al menos en los arbustos o en los baños públicos. [...] todos los actos sexuales del lado malo son contemplados como repulsivos y carentes de cualquier matiz emocional».

espacios homoeróticos depende, entonces, de la actividad realizada por hombres que se relacionan con otros hombres en determinados enclaves (calles, parques, urinarios públicos). Esta caracterización resulta pertinente para el tipo de espacialidad predominante en el marco cronológico que estamos analizando aquí (1903-1962), ya que, en décadas posteriores, y en particular a partir de los años 80, el surgimiento de lugares legítimos de encuentro y socialización propició el ocaso de los antiguos enclaves clandestinos.⁸

El «yiro» fue una de las actividades emblemáticas a la hora de hacer una apropiación homoerótica del espacio en la ciudad de Buenos Aires. De acuerdo con Jorge Salessi (2000: 309), «yirar» es el término «que hasta hoy los homosexuales de Buenos Aires utilizamos con el significado de movernos en los espacios y las zonas conocidas de la deriva homosexual». Se trata de un término procedente del lunfardo –jerga rioplatense ligada a las clases populares– y que de acuerdo con José Gobello (1977: 276-277), deriva del italiano *girare*. Entre sus principales acepciones destacan: «callejear, andar vagando de calle en calle» y «callejear la buscona en procura de clientes». Ambos sentidos –vagar/ prostituirse– se conjugan en la definición del deambular callejero de los varones que buscan a otros varones con fines sexuales. La referencia pionera al «yiro» aparece, como señalábamos antes, en *La mala vida en Buenos Aires*, del criminólogo Eusebio Gómez, dentro del capítulo dedicado a «Los homosexuales»:

Ofrecen los homosexuales de Buenos Aires una particularidad digna de ser señalada: es la tendencia á asociarse formando una especie de secta, designada por ellos con el pintoresco nombre de «cofradía». Cuando un invertido ha «tirado la chancleta», frase que en la jerga quiere significar que se han perdido los miramientos y que no hay escrúpulo alguno en practicar el vicio profesionalmente, ingresa á la cofradía; entonces viste de mujer, se pinta, adopta un nombre femenino, comienza á ‘girar’ es decir, a recorrer las calles en busca de clientes y frecuenta los bailes que, periódicamente se organizan para *estrechar los vínculos de solidaridad*. (Gómez, 1908: 191-192).

Como puede apreciarse, Gómez, al igual que otro célebre médico-criminólogo, Francisco de Veyga, vincula las «cofradías» homosexuales de principios del siglo XX con la cultura de la prostitución masculina. Esa visión fue matizada por

⁸ Dos estudios recientes dan cuenta de aproximaciones al «yiro» en la literatura argentina de finales del siglo XX y del siglo XXI. Javier Gasparri (2022: 297) se focaliza en textos escritos entre 1980 y 2000 con el objetivo de explorar «derivas nocturnas de carácter deseante y que ponen en escena cartografías sexodisidentes de interés». Se ocupa, en concreto, de textos de Néstor Perlongher, Edgardo Cozarinsky, Claudio Zeiger y el chileno Pedri Lemebel. Kokalov (2021), por su parte, propone un estudio de los cruces entre subjetividades queer, el espacio y la ciudad en la narrativa latinoamericana del siglo XXI; entre lxs autorxs argentinxs incluye a Gerardo González, Facundo Soto, Fernando Callero, Naty Menstrual, Martín Villagarcía y Alejandro López.

Salessi (2000: 286), para quien «cofradía» era el término que empleaban «maricas» y «uranistas» para «autoidentificarse como grupo». Pablo Ben, a su vez, sostiene que la «cofradía», aunque era un grupo propio de las «maricas», estaba integrada al bajo fondo de delincuencia y crimen distintivo de la época.⁹ En cualquier caso, lo interesante de la descripción de Gómez es que señala los orígenes del término «yirar», echando luz sobre la reapropiación que hicieron del mismo los homosexuales y que no necesaria –o exclusivamente– implicaba el ejercicio de la prostitución.

No deja de resultar llamativo que pese a su uso extendido dentro del argot homosexual/gay, las definiciones del término «yiro» –o su variación, «yire»– no recojan la acepción homosexual en los diccionarios de lunfardo, por ejemplo, el trabajo ya mencionado Gobello o el de Oscar Conde (2003). Las principales fuentes sobre la delimitación conceptual del «yiro» siguen siendo los trabajos de Néstor Perlongher (1992),¹⁰ Juan José Sebreli (1997),¹¹ Flavio Rapisardi y Alejandro Modarelli (2001)¹² y Horacio Federico Sívori (2005). Este último investigador, en una etnografía del ambiente gay de la ciudad de Rosario de los años 90, destaca que el «yiro» es la forma más común y antigua que poseen los varones interesados en

⁹ «Understanding the *cofradía* requires an exploration of the social context so that *marica* life is not reduced to a relationship within the sphere of sexuality and gender, but rather viewed in the context of *marica*'s relationship with the urban underworld of *lunfardos* and female prostitutes. *Marica* as a category only makes sense through a relational understanding rather than an attempt to reduce the category to a model» (Ben, 2009: 245).

¹⁰ En su estudio sobre la prostitución masculina en San Pablo (Brasil), Perlongher (2017: 95) explica: «Hay un modo de circulación característico de los sujetos involucrados en las transacciones del medio homosexual: la *draga* o *deriva*. Trátase de personas que salen a la calle en busca de un contacto sexual o simplemente 'van al centro a ver si pinta algo', toda una masa que se nomadiza y recupera un uso antiguo, arcaico, de la calle. La calle [...] se vuelve algo más que un mero lugar de tránsito dirigido o de fascinación espectacular ante la proliferación consumista: es, también, un espacio de circulación deseante, de 'errancia sexual'».

¹¹ «La deriva por las calles de una ciudad, llamada en el slang inglés *cruising*, en el argot francés, *la drague*, y en el lunfardo rioplatense, *yiro*, no es sino una manifestación del fenómeno de la *flânerie*: el caminar sin rumbo por el laberinto de la gran ciudad con sus innumerables contactos impersonales crea expectativas eróticas. [...] el paisaje urbano ofrece los lugares más insólitos para los amores furtivos, el fenómeno sociológico de la privacidad en público» (Sebreli, 1997: 341).

¹² La investigación de Rapisardi y Modarelli presta especial atención a uno de los espacios por excelencia del «yiro», el baño público, conocido en Argentina con el nombre de «tetera», vocablo «que designa, en el argot de los gays, todo baño público transformado, bajo determinados códigos y condiciones, en ámbito subterráneo de actividad sexual. Acción esta que a su vez recibe también el nombre de tetera. No en cualquier baño se hace 'tetera', y no cualquier baño puede llegar a ser o ha sido 'una tetera'» (Rapisardi y Modarelli, 2001: 21).

relacionarse sexualmente con otros varones; constituyó, de hecho, el contexto de iniciación en la interacción homosexual para varias generaciones:

desde el punto de vista de quién es lo ejercen, la razón por la que el yiro gay ha sido históricamente el contexto de la interacción gay por excelencia, es, precisamente, su posibilidad de encubrir una práctica que ha sido segregada fuera de lo que la comunidad local acepta como correcto y normal. Existen peligros que son inherentes al yiro homosexual. Quien se aventura, tanto en parques y descampados, como en las calles preferidas para el merodeo, se arriesga a ser abordado por la policía o a ser asaltado, y ensaya estrategias para, por un lado, neutralizar esos peligros y, por otro, preservar la ecología de este espacio generador de placeres. (Sívori, 2005:2)

Pese a que la descripción de Sívori deriva de una investigación sobre unas coordenadas espaciotemporales muy diferentes, sus observaciones sobre el «yiro» son extensivas al espacio (Buenos Aires) y al marco cronológico que abordamos aquí. De hecho, el autor señala que el «merodeo callejeo» comenzó a quedar marginado entre las alternativas de sociabilidad del «ambiente» tras el retorno de la democracia, en 1983, cuando se introdujo la escena del «boliche» (discoteca). En las décadas previas, el «yiro» fue, en la ciudad de Buenos Aires, la institución por excelencia para los varones que, se identificaran a sí mismos como «homosexuales» o no, buscaban compañeros sexuales en la esfera pública.¹³ En lo que sigue abordaremos algunos textos que aluden a esta práctica en un periodo en que la «homosexualidad» estuvo, en general, proscrita en la literatura, con predominio de figuraciones moralizantes que la situaban en los terrenos del delito y la perversión.

2. 1900-1930: Los orígenes del «yiro» en Buenos Aires

En sentido estricto, una primera –y brevísima– alusión al «yiro», aunque sin emplear este término, aparece en un artículo titulado «Pródromo a una descripción de la pederastia pasiva», que el periodista Benigno Lugones (1851-1884) publicó en los *Anales del Círculo Médico Argentino* en 1879. Adelantándose a los médicos y criminólogos que harían de «la homosexualidad» uno de los grandes temas de estudio de la literatura científica finisecular, Lugones trazó un retrato de los «pederastas» porteños distinguiendo dos categorías: los que hacían de ello un «oficio» o «profesión» y los que no. Los primeros, explicó, «se dedican por la noche al tráfico de la pederastia, esperando los clientes en las casas especiales de ese negocio, o saliendo a las plazas y calles a reclutar sus inmundos parroquianos» (2011: 165). Se trata de una de las referencias más antiguas a la «homosexualidad» en la

¹³ Ernesto Meccia (2011: 109) se refiere a los espacios del «yiro» como «enclaves de socialización homosexual» y los describe «auténticos paraísos interclasistas e intergeneracionales en los cuales una muda lógica de la bienvenida y la hospitalidad no hacía lugar [...] a los marcadores duros de la vida en sociedad».

prensa argentina,¹⁴ y permite constatar que ya en la década de 1870 los varones porteños hacían uso del espacio público para gestionar sus intercambios eróticos. Como suele ocurrir en este tipo de textos, aunque la voluntad del autor sea claramente condenatoria, no deja de manifestar una suerte de extraña fascinación ante el fenómeno que describe, visible en el lenguaje exaltado que utiliza para describir, con precisión naturalista, los «coitos homosexuales».¹⁵

En 1903 encontramos una referencia significativa al «yiro» dentro de la «autobiografía» que la Bella Otero, un «invertido» famoso en el bajo fondo porteño de la época, entregó al criminólogo Francisco de Veyga, quien estudió su «caso» en un artículo titulado «La inversión sexual adquirida. Tipo profesional: un invertido comerciante».¹⁶ Dicha autobiografía incluye un poema que comienza con los siguientes versos:

Del Buen Retiro a la Alameda
los gustos locos me vengo a hacer.
Muchachos míos ténganlo tieso
que con la mano gusto os daré. (citado en Salessi, 2022: 415)

Resulta curioso, como ha destacado Daniel Bao (1993: 201), que cuando Eusebio Gómez reproduce la autobiografía de La Bella Otero en *La mala vida en Buenos Aires*, por ser «un documento valioso como exponente de la psicología de estos degenerados» (1908: 186), excluya el poema sin ningún tipo de explicación. Posiblemente, la causa fuera el contenido sexual explícito. Para nuestros intereses, el primer verso –«Del Buen Retiro a la Alameda»– encierra una alusión a uno de los principales circuitos del «yiro» porteño a comienzos del siglo XX. El Parque Retiro –también conocido como Parque Tres de Febrero o Bosques de Palermo– constituye todavía hoy una zona clave de ligue y trabajo sexual. La denominación «Buen Retiro» puede ser bien una ironía, bien una hipérbole, dado que la Bella Otero, al comienzo de su «Autobiografía», declara haber nacido en Madrid, donde se encuentra el parque que lleva ese nombre; la Alameda, en cambio, remite de

¹⁴ En rigor, un pequeño texto sin indicación de autor, titulado «Los maricones», fue publicado en el diario *La Nación* el 21 de noviembre de 1862. Sin embargo, allí solo se señala la presencia visible de varones afeminados en la esfera pública, y no hay referencia alguna a actividades sexuales.

¹⁵ En un ensayo sobre Lugones, Mariano Oliveto (2022: 250) sostiene que este artículo «aborda la temática de la homosexualidad de manera explícita, sin recurrir a eufemismos ni a metáforas pudorosas, y por fuera del tono de burla que podemos encontrar en otros discursos de la época [...]. Este texto rompe ciertamente con una sensibilidad, con el horizonte de lectura de la época. Resulta muy difícil encontrar, entre sus contemporáneos, unas líneas parecidas a las de Lugones. Escribe transgrediendo ciertas reglas o regulaciones de la escritura, amparado en el naturalismo que habilita este lenguaje revestido del aura científica que permite mostrarlo todo».

¹⁶ Sobre la Bella Otero y el estudio de Francisco de Veyga ver Salessi (2022: 416-419) y Mérida Jiménez (2023).

manera directa al Paseo de la Alameda o Paseo de Julio, una «región moral»¹⁷ donde los «homosexuales» convergían con toda clase de marginales: prostitutas, delincuentes, «lunfardos», inmigrantes. De acuerdo con Osvaldo Bazán (2006: 97),

Se «yiraba» en Buenos Aires por los jardines del Paseo de Julio, el espacio arbolado que separaba la Recova de la actual Avenida Alem y el río. El «yiro» iba desde la Casa Rosada, en donde se inauguró en 1903 la estatua de *Las Nereidas* de Lola Mora, hasta la calle del Temple, en donde estaba la Estación Central de Trenes. Grandes personalidades de la cultura argentina establecieron esa zona del Bajo, ese borde ciudadano, como sitio de encuentro, bohemia y descontrol. Allí estaban los bares, los «piringundines» de antes de que el tango fuera decente, los marineros [...]. En ese escenario de prostitución y música los homosexuales tenían un punto de encuentro, la estatua de mármol blanco de Giuseppe Mazzini en la plaza que, en ese momento, llevaba su nombre.

Varios textos literarios confirman al Bajo como centro neurálgico del «yiro» en la ciudad de Buenos Aires durante la primera mitad de siglo, entre ellos el drama *Los invertidos* (1914) de José González Castillo, pasajes de las novelas *El juguete rabioso* (1925) de Roberto Arlt, *Reina del Plata* (1930) de Bernardo Kordon y *Al vencedor* (1965) de Martha Lynch, el relato *Los jóvenes* (1953) de Carlos Cozmes, el cuento-reportaje *Diálogo con un homosexual* (1974) de Dalmiro Sáenz, o *Mi recordatorio. Autobiografía de Malva* (2010), de Malva. Por su particular significación dentro del marco cronológico que estamos considerando, conviene centrar la atención en *Los invertidos*, pieza teatral publicada y representada en 1914. La obra de González Castillo fue pionera en la creación de un espacio discursivo donde problematizar el deseo entre varones y fundó una espacialidad homoerótica que se iría afirmando en las décadas siguientes.¹⁸ Pese a que el objetivo principal fuera cuestionar la hipocresía de la clase dirigente atribuyéndole el «vicio homosexual» —a través de disposiciones espaciales que obedecían a esa intención moralizante— el autor representó diversos espacios de otredad sexual y sugirió la existencia de otros. Cabe recordar que el conflicto de la obra se establece en torno a la doble vida de un «invertido» de buena posición social, Flórez, quien mantiene una relación secreta con un colega muy cercano a él desde la adolescencia, Pérez. Juntos, a su vez, pertenecen a una «cofradía» de la que participan «maricas» de diferentes estratos sociales. Es precisamente en un diálogo que mantienen las «maricas» de las clases populares cuando aparece una mención al «yiro»:

¹⁷ Robert Park (1999: 81), investigador de la Escuela de Chicago, definió como «regiones morales» (*moral regions*) aquellos enclaves urbanos que congregan a sujetos con «gustos y temperamentos» semejantes: «tales son, por ejemplo, las áreas de vicio que encontramos en la mayoría de ciudades. Una región moral no es necesariamente un lugar donde se reside: puede ser un simple lugar de cita, un sitio de encuentro o reunión».

¹⁸ Para un desarrollo más detallado de la representación de espacios homoeróticos en esta obra, ver Peralta (2017: 53-83).

PRINCESA: No te vayas a exagerar el maquillaje... Porque ya sabés que a Flórez no le gusta eso.

JUANITA: ¡Bah! Y a mí qué me importa de Flórez... El hombre serio... ¡Hipócrita!... No hace más que andar disimulando con su aspecto de sabio en conserva una cosa que todo el mundo sabe. ¡Rico tipo el Flórez ese! ¡Yo, ya hace tiempo que «tiré la chancleta»!...

EMILIO: Pero tiene razón, hombre... Es un individuo de posición social, de vinculaciones, casado, con hijos... ¿Qué querés?... ¿Qué ande como vos por la plaza Mazzini o los kioscos de la calle Callao, buscando aventuras?

JUANITA: Che... Che... ya te pasaste.... Yo no ando por la plaza Mazzini.

PRINCESA: Tiene razón Juanita... Se es o no se es... Para qué tanta hipocresía... Yo también he «tirado la chancleta».

JUANITA: ¡Personaje social! ¡Bah!... ¿Y Nerón? ¿No era emperador y salía de noche a buscar hombres por la vía Apia?... (González Castillo, 2015: 63-64)

El diálogo es interesante, en primer lugar, porque confirma que la Plaza Mazzini funcionó como punto de encuentro para el ligue callejero entre varones.¹⁹ Ya en 1888, el comisario Adolfo Batiz había observado, en su libro *Buenos Aires, la ribera y los prostíbulos*, que dicha plaza constituía un «refugio de pederastas pasivos» (citado en Bazán, 2006: 98). Esta circunstancia se explicaría, para Bazán, por la proximidad de dicha plaza con los cuarteles del Regimiento 5 de Línea. Con respecto a los «kioscos de la calle Callao» no contamos con otras referencias, pero esos establecimientos típicos de la ciudad de Buenos Aires bien pudieron favorecer el contacto entre hombres que buscaban sexo en la vía pública. Callao era —y continúa siendo— una calle muy transitada, no muy alejada de la Avenida de Mayo, donde según explica Juan José Sebrelli (1997: 347), se instalaron, a comienzos del siglo, urinarios públicos que luego debieron ser suprimidos «por el uso que hacían los homosexuales».

Otro aspecto sobre el que incide el fragmento citado es el hecho de que las «maricas» de las clases populares encontraban menos obstáculos que los «invertidos» acomodados al momento de «tirar la chancleta», expresión que según Pablo Ben (2009: 210), implicaba desvelar públicamente las preferencias eróticas, aceptando la condena social que podía traer aparejado el hecho de perder el estatus masculino. Era, aparentemente, una expresión de uso extendido, ya que el famoso criminólogo Francisco de Veyga alude a ella, señalando que se trataba de una «pérdida del sentimiento del pudor, pérdida que se produce concomitantemente con la sistematización del delirio» (citado en Salessi, 2000: 308). En términos estrictamente literarios, debe subrayarse que en todas sus intervenciones las «maricas» juegan pasos de comedia, mientras que el tono general de la pieza es

¹⁹ En sus memorias, Malva (2010: 47) relata su llegada a Buenos Aires desde Chile en 1943 y alude a este espacio: «Frente al conocido bar Epson, en donde actuaba un cantaor flamenco conocido como 'La Valencia', estaba la Plaza Manzini (sic), lugar que en el pasado porteño albergó al puterío de aquel tiempo. Fue el cobijo necesario de cuanto maricón pisó el bajo, fue el reducto de putas, fiolos, buscones y clientes sexuales».

serio y acaba, de hecho, en tragedia, con la mujer de Flórez instando a su marido a matar a su amante y a suicidarse después. Con las «maricas» en escena, el dramatismo y la seriedad quedan en segundo plano, como si sola presencia pusiera entre paréntesis la rígida moral que acabará arrastrando a los protagonistas a la muerte. Es en este escenario donde se pueden atisbar las prácticas «reales» de los varones de la época, entre ellas, el «yiro». Se trata de un registro festivo que contrasta con la mirada condenatoria de médicos y criminólogos.²⁰

La sociabilidad «homosexual» de las primeras décadas del siglo estuvo marcada, como muestra de manera paradigmática *Los invertidos*, por el cruce de fronteras: de género, de clase, de estatus socio-económico, de edad, espaciales. El «yiro» suponía un movimiento no solo deseante, sino también entre mundos sociales muy alejados entre sí. Así ocurre también, por ejemplo, en *Reina del Plata* (1930) de Bernardo Kordon, en la que señores de buena posición social –denominados «pitucos»– van en busca de jóvenes proletarios a los bosques de Palermo. Los desplazamientos ya esbozados en estos textos pioneros reaparecerán en la narrativa de temática homosexual y gay posterior. En este sentido, pese a su escasez, los testimonios que conservamos de las tres primeras décadas del siglo resultan fundamentales porque nos remontan a los orígenes del «yiro», revelando una Buenos Aires secreta de la que apenas quedó registro en la literatura coetánea.²¹

3. 1942: El «escándalo» de los cadetes del Colegio Militar

La publicación de *Cacería. Una historia real* (2020), de Gonzalo Demaría, ha permitido echar luz sobre uno de los episodios más célebres de la historia de la «homosexualidad» en Argentina, conocido como el «escándalo» de los cadetes del Colegio Militar, ocurrido en 1942, sobre el cual habían circulado numerosas versiones e hipótesis (Bazán, 2006: 186-190). La minuciosa investigación de Demaría, que tuvo acceso a los expedientes judiciales del caso, confirma algunas y descarta otras tantas. Sobre todo, echa por tierra los rumores que hablaban de «orgías» y

²⁰ El trato dispensado a las «maricas» podría explicarse por el hecho de que González Castillo, anarquista, simpatizaba con los sectores marginados de la sociedad. Diego Trerotola (2011) propone incluso una lectura queer de estos personajes: «Barrial y cosmopolita, extranjera y telúrica, la Princesa, junto a sus aliadxs, tiene coronita queer, es un personaje insolente que se burla de los celos que disparan la tragedia de la obra, con ese qué sé yo que tiene la ironía de loca de las calles de Buenos Aires, como si de un gesto pudiese poner en crisis tanto al mundo como a su representación teatral. Y así, en el corazón de la obra, latiendo en el medio de los tres actos, se crea en 1914 una galería de personajes que Puig, Copi y tantxs otrxs imaginaron medio siglo después».

²¹ La escena de *El juguete rabioso* (1926) de Roberto Arlt en que el protagonista, Silvio Astier, tiene un encuentro con un personaje «homosexual» en una pensión del bajo no constituye, en sentido estricto, un episodio de «yiro» (el «homosexual» tiene un arreglo con el dueño de la pensión para que este le avise si algún joven atractivo pasa la noche allí), pero sí es otra muestra del cruce de fronteras, en este caso, de clase: el «homosexual» es joven, como Astier, pero de clase acomodada.

«misas bestiales». La realidad es que Jorge Ballvé Piñero –principal protagonista de la historia– y otros jóvenes de familia acomodada se relacionaban con una variopinta galería de «chongos» –algunos de ellos, cadetes del Colegio Militar– y organizaban con ellos salidas y fiestas.²² Eventualmente había relaciones sexuales (no siempre), y Ballvé Piñero tomaba fotografías de los muchachos, pero no con el objetivo de extorsionarlos, como a veces se sugirió, sino porque era aficionado a la fotografía erótica:

Criado en París, regresó a la Argentina en su adolescencia para descubrir aquel universo que documentó para su propia ruina: el de la noche homosexual porteña, con sus circuitos de giro, sus bares y sus cabarets (donde los ‘invertidos’ iban acompañados de sus ‘maridos’), los suburbios del hoy llamado Conurbano, con sus ‘chongos’ y sus ‘locas’. [...] Lo hizo de la mano de amigos mayores y otros de su misma edad, considerados luego por la justicia como una asociación ilícita. En cuanto al cargo de corrupción de menores, Ballvé Piñero fotografió a sus ‘levantes’ –y se acostó con varios de ellos– siendo él mismo menor de edad. Pero alguien tenía que pagar la fiesta conservadora. (Demaría, 2020: 17)

En parte biografía de Ballvé Piñero, en parte crónica del «escándalo», *Cacería* constata que la caída en desgracia del fotógrafo aficionado y sus amigos/amantes asumió un carácter ejemplarizante y podría haber preparado el terreno para el golpe militar que se produjo en 1943. Según Juan José Sebreli (1997: 312), el «escándalo» de los cadetes «fue una de las causas que adujeron los conspiradores del golpe militar de 1943 para justificar la necesidad de un ‘saneamiento moral’ del país, y también alimentó el mito populista de la ‘oligarquía corrompida’».²³

²² «Chongo» era el término que definía al varón presuntamente heterosexual, de apariencia masculina, que mantenía relaciones sexuales y afectivas con homosexuales, asumiendo generalmente el rol activo. Ver al respecto Sebreli (1997: 349-357).

²³ Acha (2014: 232-233) ofrece otra interpretación, que desvincula el «escándalo» del golpe militar del año siguiente: «Fue amplia la batahola generada en 1942 por la participación de cadetes de liceo militar en reuniones concertadas por homosexuales. La prensa periódica aludió a ‘fiestas en un ambiente de amoralidad, organizadas, dirigidas y preparadas por una especie de ‘consorcio’ de individuos que padecen la misma desviación’. Para neutralizar los efectos nocivos en las Fuerzas Armadas ‘cuya moral y cuya corrección deben quedar a cubierto de toda sospecha’, afirmó el diario *Noticias Gráficas*, se debía aplicar una dura sanción contra el delito de corrupción de menores. Numerosas personas fueron acusadas y juzgadas. Aunque la homosexualidad como tal no fue objeto de acción penal, los cadetes sufrieron de burlas homofóbicas en la vía pública. En respuesta, el Ministerio de Guerra los instó a no tolerar ninguna broma que lesionara el honor castrense. No obstante, el escándalo fue pronto neutralizado y, contra lo que se ha sostenido más de una vez, no tuvo función alguna en la legitimación del golpe de Estado de junio de 1943». En cualquier caso, como explica Demaría (2020: 17), el caso de los cadetes» formó parte de una «gran cacería homosexual» que tuvo lugar «entre el fin de la llamada Década Infame

Tanto el «escándalo» de los cadetes como la expulsión del cantaor Miguel de Molina, ocurrida un año después, llevaron la homosexualidad a las primeras planas de la prensa de la época.²⁴ Aunque el afán sensacionalista y moralizante de los periódicos exagerase, en ambos casos, la realidad efectiva, el trabajo de Demaría confirma el «yiro» como institución clave en el submundo homosexual al que pertenecían Ballvé Piñero y sus amigos. El acceso a los archivos judiciales, que se creían perdidos, permite conocer los testimonios de los propios implicados. Así, por ejemplo, transcribieron los peritos médicos el relato de Ballvé Piñero sobre su técnica de «levante»:

A las primeras horas del día, dos o tres de la mañana, recorría acompañado de un amigo, en su *voiturette* Packard, la calle corrientes, desde Alem hasta Esmeralda, marchando a una baja velocidad y cerca de la vereda. El coche, la hora, etc., llamaban la atención de los peatones y cuando encontraba una persona «joven y de aspecto agradable, tipo sajón, busto corto, nalgas y caderas bien conformadas, piernas largas, etc.», se paraba y simulando no tener cómo prender un cigarrillo, le pedía fuego. Si confirmaba la primera impresión, lo invitaba a subir al coche y con toda «sencillez» le explicaba su situación de homosexual y lo convidaba a acompañarlo a su casa; allí, si todo marchaba bien, tomaban una copa para entornarse, nada de perder el control ni de emborracharse, añade, entonces se bañaban y luego de preparar con toda prolijidad la cama, se acostaba para realizar sus actos de homosexualidad. Al preguntarle si después le hacía un regalo, nos contesta: «regalo sí, pero si me pedían plata adelantada, eso era para mí era una ofensa e inmediatamente lo despedía sin llegar a nada». (citado en Demaría, 2020: 54)

El *modus operandi* de Ballvé Piñero no difiere del que describe la literatura del periodo (como la novela *Reina del Plata* de Kordon); el Paseo de Julio/Avenida Alem se confirma, asimismo, como arteria fundamental para el ligue entre varones. Un aspecto que Demaría se encarga de enfatizar, sin embargo, es que Ballvé Piñero tenía una edad similar a la de los jóvenes que seducía, por lo que no cabría hablar, en rigor, de «corrupción de menores». Además, no se trataba únicamente de que él y sus amigos fuesen en busca de los «chongos», si no que estos, a su vez «salían en busca de invertidos por necesidad o lisa y llanamente por sexo» (55). La línea entre homosociabilidad y homoerotismo era más bien difusa, y aunque a

y el nacimiento del peronismo»; y en la que el contexto internacional habría ejercido influencia, ya que la revolución de 1943 impulsó a la facción germanófila del ejército y «persiguió a judíos y a homosexuales».

²⁴ En su autobiografía, Sebrelí (2005: 109) recuerda que «la primera vez que oí hablar abiertamente sobre algo relacionado con la sexualidad, curiosamente, se refería al tema tabú por excelencia, la homosexualidad. El desencadenante fue el escándalo de Miguel de Molina, cantor y bailarín español, detenido y expulsado del país por la dictadura militar de 1943. Tenía doce años y no se escuchaba hablar de otra cosa [...] Fue nuestra versión local del caso Oscar Wilde».

menudo se argumentara que los varones recurrían a los «invertidos» dada la dificultad de acceder a las mujeres (en 1936, cabe recordar, la Ley de Profilaxis había ordenado el cierre de los prostíbulos), las redes del deseo homoerótico estaban tan extendidas que parece difícil atribuir su existencia, únicamente, a la menor disponibilidad de prostitutas. Las fotos de Ballvé Piñero dan cuenta, de hecho, de la variedad de figuras con las que entró en contacto: desde diareros y boxeadores hasta empleados bancarios, almaceneros y conscriptos.

Los espacios habitados en forma exclusiva por varones –como colegios e internados– fueron denunciados a menudo como «semilleros» de conductas sexuales perversas. Una investigación de Eduardo Saguier (2007) describe episodios de «sodomización compulsiva» en el Colegio Militar a la altura de 1880. Más cerca de la fecha del «escándalo de los cadetes», en 1935, se publicó una novela, *Pupilos, mediopupilos y externos*, de Ernesto Mirón (posiblemente un seudónimo), que, como señala Sebreli (1997: 308), «apenas ocultaba el testimonio personal del autor sobre las relaciones homosexuales entre adolescentes en colegios internados de las primeras décadas del siglo». La novela se mueve a medio camino entre la descripción gozosa del sexo entre varones y la tesis de corte naturalista: «eso de vivir siempre entre hombres... esto ha de contribuir a que los colegios sean caldo de cultivo del homosexualismo» (Mirón, 1935: 184). Aunque este tipo de narraciones no incluyan escenas de «yiro» –todo sucede dentro de los límites de una institución– presenta personajes que luego encontraremos «yirando» en otras ficciones y testimonios, desde *La brasa en la mano* (1983) de Villordo a *El cine los sábados* (2017) de José María Gómez, por mencionar un ejemplo mucho más reciente.

La minuciosa reconstrucción del «escándalo» de los Cadetes que acomete Demaría prueba que ese episodio constituyó un punto de inflexión en la historia de la sociabilidad «marica» en Buenos Aires. El submundo hasta entonces oculto de «locas» y «chongos» se hizo visible y obligó a un refuerzo de la vigilancia sobre personajes y conductas «amorales». Aunque a diferencia de otros países, como España, Argentina no persiguió a los homosexuales por medio de una ley específica, al menos en la ciudad de Buenos Aires la persecución –redoblada a partir del primer gobierno peronista (1946-952)– se llevó a cabo a través de una serie de edictos policiales. El más utilizado fue el de «Escándalo», especialmente a través del artículo 2º, inciso H, que condenaba a «personas de uno u otro sexo que públicamente incitaren o se ofrecieren al acto carnal» (Jaúregui, 1987: 164). A partir de ese momento, el «yiro» quedó sujeto a un control que, sin llegar a ser nunca sistemático, exigió de parte de quienes lo practicaban una serie de precauciones y el establecimiento de códigos para escapar al ojo de la ley.

Una proyección literaria de esta nueva situación aparece en un fragmento de la novela *Dar la cara* de David Viñas, publicada en 1962,²⁵ pero que ofrece un amplio fresco social de la década de 1950 e incluye, como otros textos del mismo

²⁵ La novela fue publicada en forma posterior al estreno de la película homónima del mismo año, dirigida por José Martínez Suárez, cuyo guion había sido escrito por Viñas en colaboración con el director.

autor, referencias a la homosexualidad masculina.²⁶ La escena en cuestión no atañe al personaje protagonista si no a Del Vito, una figura secundaria en la voluminosa narración. Se trata de un episodio llamativo porque, por la misma época, resultaban infrecuentes las descripciones explícitas de sociabilidad homosexual.²⁷ Según Adriana Bocchino (2012: 300), «el texto de la novela está montando escena sobre escena, separadas por un blanco como indicación, donde el personaje, el tipo, se muestra y se recorta». Ese recorte reenvía a su vez a «un sector de la sociedad argentina, de mediana edad, más bien joven». A diferencia de una novela como *Asfalto*, de Pellegrini, que gira íntegramente en torno a la homosexualidad –y más precisamente, aquellos lugares de la ciudad de Buenos Aires que favorecían los encuentros gais– *Dar la cara* presenta un panorama mucho más vasto, del cual la escena que nos interesa comentar es apenas una pieza más.

El origen cinematográfico de la novela explica que este episodio pueda leerse como suerte de *travelling* que sigue a su personaje central en la búsqueda de un compañero sexual por diferentes calles y enclaves gais del centro de la ciudad: aunque Viñas era heterosexual, muestra un conocimiento muy preciso de la topografía homoerótica de la época, sobre la que debió documentarse para satisfacer la voluntad realista de la novela. Aquello que llama poderosamente la atención es la amplia visibilidad de la oferta sexual que Del Vito encuentra a lo largo de su recorrido. Si en los relatos de Bernardo Kordon sobre los años 30 los homosexuales iban «a la caza» de jóvenes atractivos, aquí estos últimos participan activamente del ritual de la seducción; hay una mención explícita, de hecho, a los «taxibois» de la calle Lavalle «con sus horribles camisas de colorinches» (Viñas, 1962: 298). Tras descartar varias opciones, Del Vito recalca en el célebre teatro Avenida, cuyo paraíso –conocido entre los gais como «Capilla Sixtina»– era un espacio paradigmático de «yiro» (Sebreli, 2005: 203).²⁸ Una vez allí, intenta establecer contacto con un «galleguito» parecido a García Lorca:

Ese galleguito de tienda con cara de poeta apoyaba la mano sobre la butaca de adelante y Del Vito fue acercándole la suya y se la apoyó encima: «Como un sucio mosquetero», pensó; menos mal que ahí arriba todos entendían.

—¿Estás solo? —cuchicheó.

—Sí.

²⁶ De acuerdo con Marcos Zangrandi (2022: 75n), «la homosexualidad (como práctica o como tipología social) tiene variaciones y diferencias en la narrativa de David Viñas, desde la figura marginal de ‘Un poco de bondad’ (1957), los homosexuales ‘tapados’ de *Dar la cara* (1962), a la homosexualidad como alteridad que se configura en el personaje Stickson de la novela *Prontuario* (1993)».

²⁷ Los textos ya mencionados de Correas y Pellegrini –«La narración de la historia» y *Asfalto*– habían sido procesados por obscenidad, y lo mismo ocurriría tiempo después con *La boca de la ballena* (1973) de Héctor Lastra.

²⁸ En ese teatro, además, había actuado Miguel de Molina: no es casual, en este sentido, que el intérprete que se encuentra en el escenario cuando del Vito entra a «yirar» sea de origen andaluz, como si se tratara de un velado homenaje al célebre *cantaor*.

—¿No te aburres?
 —¿Yo? —ese galleguito le echó una ojeada— ¿Por qué me lo pregunta?, si el andaluz aquel es de lo más gracioso... [...]
 Del Vito acercó más la mano:
 —¿Yo te molesto?
 —No. Tú no.
 —¿A qué? Si con esas barbas... ¿O son postizas?
 Del Vito le tomó la mano.
 —Toca y vas a ver si es postiza.
 El galleguito estiró la mano y tironeó:
 —No —dijo— Es auténtica.
 —¿Viste? Eso te pasa por dudar.
 —Sí... Pero ¿tienes? —y ese galleguito cochino se frotó los dedos.
 —Yo no doy dinero. Eso es de maricas —se indignó Del Vito— Yo tengo amigos, no rufianes... Y yo soy muy generoso con mis amigos... (303)

La escena se interrumpe abruptamente porque, para acercarse al «galleguito», Del Vito debe levantar un asiento donde apoya su pie un «viejo» que comienza a gritar, acusándolo de habersele insinuado y tratándolo de «provocador». Del Vito, ante la amenaza de la presencia policial, sale corriendo a toda velocidad del lugar y consigue refugiarse en una confitería.²⁹ Frente al registro neutro y objetivo del testimonio judicial de Ballvé Piñero, el fragmento de la novela destaca por captar de manera muy vívida los códigos del submundo homosexual de la época: pese al uso de la tercera persona, el discurso se articula claramente desde la perspectiva de una «loca» que controla su performance pública de manera de resultar inequívoco para sus objetos de deseo, pero sin llamar demasiado la atención de los no «entendidos». Apreciamos asimismo una mirada explícitamente deseante que muestra cómo la cultura popular formateaba las fantasías homoeróticas: «miró hacia la esquina: además del que se hacía el Marlon Brando jugando con el globo, cualquiera de los otros era una locura» (297). También hay referencias muy claras al sexo entre varones, como cuando el narrador describe una escena de felación en la «Capilla Sixtina» en la que acaba de entrar del Vito: «era una calva, un hombre viejo con los ojos entrecerrados, de rodillas, al pie de esa butaca, entre las piernas de ese muchachito que miraba al escenario sonriendo» (302).³⁰

²⁹ Esta situación de peligro se suma a otra evocadas a lo largo del episodio, por ejemplo, cuando en 1955 fue detenido y fichado como «provocador», hecho que despertó inquietud en la oficina donde trabajaba: «por eso prefería esas calles silenciosas, los levantes se podían hacer en paz y no pasaba nada ni con los diarios ni con la policía ni con el empleo» (Viñas, 1969: 301).

³⁰ Sin duda, ser un autor heterosexual habilitó a Viñas a ofrecer una descripción muy detallada del universo gay que a un autor homosexual podría haberle valido la censura; al tratarse, por otra parte, un episodio aislado en una novela de más de seiscientas páginas tenía menos posibilidades de llamar la atención.

Puede apreciarse que existen numerosos puntos en común entre la escena protagonizada por este personaje y el relato de los «levantes» de Ballvé Piñero. Aunque Del Vito sea mayor que el joven fotógrafo, goza como él de una buena posición económica –es un oficinista de clase media– y su interés se focaliza en muchachos más jóvenes y de estratos sociales más bajos, a los que pretende seducir sin mediación del dinero, al menos en un principio. El «yiro» constituye entonces, tanto en el testimonio judicial de Ballvé Piñero como en el episodio de la novela de Viñas, una actividad que propicia el encuentro sexual, en la esfera pública, de varones de diferentes clases sociales, cuyos intercambios podían incluir, eventualmente, recompensas materiales. Ambos textos confirman, además, que se trataba de una actividad extendida y visible, y sometida por ello al control de las autoridades policiales.

La preocupación que despertaba la institución del «yiro» no se limitaba a la policía. En una carta de lector enviada a la revista sensacionalista *Los amoraless* en noviembre de 1957, un periodista llamado Jorge Granda declara haber iniciado una campaña moralizadora en el periódico de su localidad, Ciudadela, horrorizado por el aumento exponencial del número de homosexuales: «a cada instante podemos presenciar repugnantes escenas de amoralidad y degeneración hasta en lugares públicos» (*Los amoraless*: s.p.). Granda aporta un ejemplo concreto:

diremos que cierta noche, y de esto no hace mucho, al dirigirme a uno de los baños de la estación Ciudadela, tuvo (sic) la desagradable sorpresa de encontrar a oscuras el lugar y, en su interior, sorprendí «in fraganti» a tres amoraless, de los cuales el mayor solo tenía unos 20 años. Instantáneamente, y haciendo valer mis deberes y derechos de periodista, me entrevisté con el señor jefe de la estación, al que solicité que se reparara el corte de la iluminación, a la vez que le pedí que destacara en el lugar un empelado de la policía interna en carácter de vigilancia. De tal manera logró que los tres homosexuales desaparecieran inmediatamente del lugar.

Según informa más adelante, estos «repugnantes casos» tienen lugar en numerosas estaciones ferroviarias, «pero en especial en la de Liniers», donde los homosexuales destruyen las lamparillas de luz «para lograr los inconfesables fines ya expuestos». Una carta del mismo autor publicada en el número siguiente de *Los amoraless* (enero de 1958) anuncia los «óptimos resultados» de la campaña «en todos los rincones adonde llegó nuestro periódico». Este testimonio ratifica tanto la presencia pública de los homosexuales como su habilidad para gestionar el espacio de cara a sus intercambios sexuales.³¹ El «yiro» llamaba ya la atención

³¹ Rapisardi y Modarelli, quienes recogieron numerosos testimonios de la práctica del «yiro» durante la última dictadura militar (1976-1983), observan que quienes participaban de esta actividad no se limitaban a los intercambios sexuales, sino que forjaban vínculos de solidaridad: «en los baños de las estaciones de tren, proclives al coito, y, sobre todo, en sus adyacencias, ociosa, se instauraba en redes humanas, inestables. Al amparo del buen aire

de los ciudadanos y activaba las alarmas de los defensores de la moral, cuya retórica, como la del periodista citado, se funda en una visión estigmatizante del sexo entre varones. El «escándalo» de los cadetes había sido el primer hito de visibilidad de un universo que, poco a poco, empezaba también a ingresar a la literatura: no llama la atención, entonces, que por esta época se publiquen los primeros textos de autoría homosexual que sacan al «yiro» de los expedientes judiciales y la prensa sensacionalista y lo convierten, incluso, en eje vertebrador de la estructura narrativa, como ocurre en los textos ya mencionados de Carlos Correas y Renato Pellegrini; décadas más tarde, esta topografía será reconstruida en las novelas de Oscar Hermes Villordo ambientadas en el mismo periodo: *La brasa en la mano* (1953) y *El Ahijado* (1991).

3. Los años 50: el «yiro» europeo

En el episodio de *Dar la cara* comentado antes, Del Vito se queja de que, para encontrar compañeros sexuales, «uno tenía que andar por la calle». Y agrega: «Porque la gente bien que entendía se iba a París. Qué gracia» (Viñas, 1969: 302). Esta observación hecha al pasar pone de relieve la idea de que en el extranjero la moral sexual era más relajada, mientras que en Buenos Aires no quedaba otro remedio que «andar por la calle» y estar expuesto a la posible persecución policial, como la escena de Viñas que hemos analizado expone con nitidez. La imagen de Europa como escenario más propicio a la sexualidad heterodoxa se venía fraguando desde finales del siglo XIX. En su historia sobre los «homosexuales» porteños, Sebreli (1997: 303) señala que durante la *belle époque*, «el viaje a Europa se convirtió en un ritual de la oligarquía, y permitió a los homosexuales de clase alta tener acceso a una sociedad más permisiva». Personalidades como Carlos Octavio Bunge, Germán Bemberg o José Evaristo Uriburu Roca fueron algunos de estos privilegiados. No todos pertenecían a la clase alta: el tucumano Gabriel Iturri llegó a París gracias a la protección de un sacerdote y allí se convirtió en secretario de Robert de Montesquiou, famoso por haber inspirado a Marcel Proust su personaje del Barón de Charlus en *En busca del tiempo perdido*. Desde mediados del siglo XX, este tipo de viaje dejó de ser un privilegio de las clases acomodadas; pese a su coste elevado, fueron numerosos los homosexuales que, por diversos motivos, lograron viajar a Europa; cabe mencionar, entre ellos, a Abelardo Arias, Alberto Greco, Héctor Bianciotti, J. R. Wilcock, Oscar Hermes Villordo, Renato Pellegrini y Manuel Puig, entre otros.

Aquello que nos interesa destacar aquí es que la mayor permisividad a la que alude Sebreli constituyó sin duda un atractivo añadido para quienes se embarcaron hacia el viejo continente. El clima mayormente hostil a la homosexuali-

de los andenes se habían formado algunos círculos sociales entre habitués de varias edades y clases sociales, ya cansado de hacer cruzadas entre ellos. [...] Y si bien, salvo algunas excepciones [...], nada los unía más allá de esa rutina de las estaciones, su solidaridad era similar a la de un grupo relativamente organizado que comparten oficio y una experiencia determinada» (Rapisardi y Modarelli, 2001: 51).

dad que predominaba en la metrópoli porteña –descrito por Bianciotti en el primer tomo de sus memorias, *Lo que la noche le cuenta al día* (1990) y por Malva (2010) en su autobiografía– tenía que contrastar, necesariamente, con la libertad sexual de las grandes capitales europeas; fueron especialmente Roma y París las ciudades que visitaron –o en las que, en algunos casos, se quedaron a vivir– los autores antes mencionados. Si bien no contamos con demasiados testimonios acerca de su participación en la vida homosexual europea, al menos dos de ellos –Abelardo Arias y Alberto Greco– sí aludieron al tema en sus escritos.

Arias (1910-1989), que había iniciado su carrera literaria en 1942 con la novela *Álamos talados*, fue el fundador, en 1956, junto con Renato Pellegrini, de la primera editorial latinoamericana específicamente orientada a la literatura de temática homoerótica. Dante Savi, pareja del escritor, declaró en una entrevista: «Abelardo fue becado a Francia en 52, y ahí se empezó a relacionar con gente de la literatura. Estuvo seis meses. En el 55 fui con él a Francia. [...] En el primer viaje, Abelardo conoció a Sartre, Julien Green, Cocteau, Roger Martin du Gard, Peyrefitte, Carlo Coccioli» (Meccia, 2016: s.p.). Los libros derivados de esas dos estadías, *París-Roma, de lo visto y lo tocado* (1954) y *Viaje Latino. Francia, Suiza y Toscana* (1957), relatan en efecto, sus encuentros con estos autores, muchos de ellos homosexuales y cuyas obras Arias y Pellegrini tradujeron luego para Tirso. Pero Arias no se limita a narrar sus contactos con lo más granado de la cultura europea del momento; de manera muy sutil, incluye también algunos relatos de «yiro». Véase, por ejemplo, esta escena de *París-Roma*:

Subimos tomados de la mano. [...] [...] Tengo la sensación de que no sé dónde iremos a parar; quiero volverme (un solo instante de lucidez en la masa densa del deseo). [...] ¿Cómo puedo confiar en y seguir esa mano que hace una hora me era totalmente desconocida? [...] Miro con ansiedad que me aprieta la garganta: no puede tener más de 17 años. [...] Es de pasmosa hermosura; su contemplación corta el aliento. El deseo es angustia; sufro como un perro atado, solo falta un aullido. Me apodero de su boca y nos tendemos [...]. De pronto, esos golpes en la puerta que estaba esperando desde antes de entrar. [...] –¡Salgan, salgan o llamo a la policía! –La portera –oigo junto a mi oreja y en voz ahogada. (Arias, 1977: 73-75)

Pese a la omisión estratégica del género de la persona con la que tiene lugar este intercambio, su «inmediatez» –así como el peligro al que se exponen frente a la portera y la amenaza de esta última de llamar a la policía– sugieren claramente que se trata de un ligue homosexual. En el mismo libro, cuando el argentino visita a Roger Peyrefitte, este le pregunta, al notar su deslumbramiento frente a un Hermes de mármol, «¿puedo decir, entonces, que es usted de los míos?», a lo cual Arias responde: «¡Imagínese, mi primer amor en literatura fueron clásicos los griegos!». Este guiño tácito entre «entendidos», así como el hecho de que Arias se dirija una y otra vez a un «tú» cuyo género tampoco especifica (pero que podemos identificar, retrospectivamente, con Dante Savi), son otras tantas

pruebas de la disidencia sexual del autor. Hay episodios, sin embargo, que sugieren hetero o bisexualidad, como el siguiente, registrado en Niza: «Anoche podía haber traído al hotel la (sic) exótica muchacha del parque Albert Premier, pero el desahogo sin amor produce fastidio [...] En cambio, amor mío, contigo y cuando te inundas de golosa tibieza, estamos en alta cumbre» (Arias, 1977: 180).

La posibilidad de que Arias esté recurriendo a la famosa «Estrategia Albertine» (Mira, 1999: 56), es decir, disfrazando una pasión homosexual de heterosexual, vuelve a aparecer en *Viaje latino*, que incluye otro relato de «yiro» con referencias ambiguas al género de la persona con la que tiene lugar el intercambio erótico. La escena se desarrolla en un parque de Grenoble:

Camino por el bosque sombrío. Tengo miedo, pues llevo en el bolsillo todo el dinero. Su silueta apoyada en la balaustrada me incita; ya no me cabe duda. Su cara es muy hermosa, sus movimientos tienen ese para mí irresistible encanto felino. Miro en derredor. Es una audacia, más que eso: una temeridad. Puede ser una trampa; demasiada hermosura y juventud para estar sola. El deseo es acaso, la única fuerza que no logro reprimir. Nos besamos ansiosamente. Las manos obran con semejante angustia. Me ha parecido que una figura de piedra que coronaba una cornisa de la terraza se ha movido. [...] Nos estremecemos y un pequeño crujido de gata se le escapa por entre los labios carnosos. La figura de piedra, a escasamente veinte metros de distancia, se mueve. Nos miramos; en sus ojos comprendo que no hay trampa alguna. Nos cruzamos palabras sin importancia. [...] Se escapa entre los macizos con gracia de ardilla. Su traje claro y vaporoso, su pelo rubio, son dos o tres manchas de color que el oscurecer torna grises, y se hunden entre los árboles como pañuelos en la manga de un prestidigitador.

Camino despacio. No he vuelto a mirar de frente la cornisa, pero de reojo noto que ya no tiene su estatua. [...] El camino sin luces del parque está cerrado; además, un cartel anuncia que se emplearía una hora en descender a pie hasta el río [...] Todos los hombres que se acercan parecen la figura de la terraza. ¿Cuáles son los reglamentos de la ciudad? ¿De esta o de las otras ciudades? Debería existir una guía para los viajeros solitarios. Pasada la media hora llego a la estación del *telesférico* justo cuando comienza a descender un vehículo. Acodada a una de las ventanillas está mi ardilla. Nos miramos como dos desconocidos. Ha pasado el instante del deseo y del miedo. Hasta me digo que no era tanta su hermosura. (Arias, 1957: 186-187)

El empleo de términos como «gata» y «ardilla», así como la expresión «demasiada hermosura y juventud para estar *sola*» pueden desorientar, pero tanto el espacio como la coreografía deseante que se desarrolla en él —y que incluye la «figura de piedra» que observa a los efímeros amantes— corresponden a la lógica del «yiro».³² El final del relato, con Arias atemorizado por no poder regresar a

³² De acuerdo con José Miguel Cortés (2010: 156), existen dos espacios públicos paradigmáticos para el encuentro sexual entre varones: los urinarios, por un lado, y parques y jardines, por otro: «ambos escenarios tienen en común que son lugares de numeroso, tránsito y

tiempo a la ciudad y señalando que debería existir «una guía para los viajeros solitarios» sugiere cierta ansiedad y desconocimiento de los códigos del ligue callejero. ¿Se animaba el novelista, en sus periplos europeos, a aventurarse en territorios y prácticas que en Buenos Aires prefería evitar? Imposible saberlo, pero estos pasajes de sus diarios de viaje constituyen un testimonio insólito, por audaz, de una experiencia —el «yiro» europeo— ausente por completo en la literatura coetánea.³³

Distinto es el caso de los escritos, recientemente publicados, del artista plástico Alberto Greco (1931-1965), cuya franqueza sexual se explica fácilmente en la medida en que no estaban pensados para ser publicados. Greco, conviene recordar, fue uno de los creadores más originales y radicales de su tiempo, famoso por sus *performances*, que incluyeron su propia muerte: ingirió una gran cantidad de barbitúricos y escribió en las palmas de sus manos la palabra «Fin». El volumen *La aventura de lo real. Escritos de Alberto Greco* (2020), compilado por Paula y Eduardo Pellejero, reúne un amplio espectro de sus textos, algunos de ellos totalmente inéditos hasta ahora, como los cuadernos de apuntes y relatos. Uno de ellos, el «Cuaderno Centurión», es, a juicio de los compiladores «una de las manifestaciones más intensas e interesantes de la escritura de Greco», que anticipa a Manuel Puig y transporta «al ambiente sexual frecuentado por Greco en París entre 1954 y 1962, un mundo que no se quería ver y que estaba vedado mentar, que iba de fiestas privadas a baños públicos, de bares gay a encuentros furtivos en lugares oscuros» (Pellejero y Pellejero, 2020: s.p.). A diferencia de los pudorosos registros de Abelardo Arias, los cuadernos de Greco abundan en descripciones explícitas del «yiro». Así ocurre, por ejemplo, en el texto titulado «Los Pisoteer» [sic], donde describe la dinámica del ligue en los urinarios públicos parisinos:

Como semillas separadas, entre la ciudad, se recortaban con su forma de caracol de hierro y la propaganda de Rafael, los *pissotières*, que tomaban a esa hora el aspecto más triste del día. El de la calle Vaugirard, frente al jardín y a la comedia francesa de Luxemburgo, lo llamaban todos el hospital de París, la Casa Central, pero lo habían clausurado antes de que llegara. [...] En el otro, siempre solía haber alguien, o si no, uno daba vueltas por la vereda de enfrente prestando atención (para ver) si alguien que iba en esa dirección entraba. Entonces miraba detenidamente los tobillos y los zapatos que eran lo único que se podía ver desde afuera; si tardaban demasiado, entonces yo iba como si fuera a orinar. Al entrar, envuelto en ese terrible olor a orín, fuerte. Los ojos brillantes, fijos, del otro sobre uno. Si

muy permeables, que hombres muy diferentes (casados o solteros, heterosexuales o gays), y en muy diverso grado, utilizan de manera rápida, anónima y cautelosamente».

³³ Un texto posterior del autor, titulado «Mar del Plata o el amor», del libro *Viajes por mi sangre* (1969), que narra recorridos por diferentes ciudades argentinas, recurre también a la ambigüedad a la hora de referirse a sus objetos de deseo, aunque la mirada homoerótica se articula con mucha mayor claridad: «Mostrarse casi desnudos es una revancha del helenismo y sus dioses hombres contra los semíticos. Tus hermosas piernas, tus hermosos muslos tostándose, crepitando, rascar de insecto en la arena» (Arias, 2010: 160).

le resistía la mirada entonces esa mirada, ya atemorizada, como preguntando, se enternece de pronto y se expresaba en un brazo que se iba extendiendo lentamente hasta mi bragueta (y la mano nerviosa y segura al mismo tiempo). Sin cambiar una palabra y sin mover nuestros cuerpos de la posición normal de dos que están orinando. Yo me dejaba masturbar tratando de no mancharme el pantalón. (en Pellejero y Pellejero, 2020: 29-30)

Conforme avanza el texto, este registro más bien objetivo –que recuerda al Carlos Correas de «La narración de la historia»– deja lugar también al detalle pintoresco (como cuando se refiere a los «viejos ricos» cuyo fetiche es comer panes mojados en orín), e incluso a cierto humor macabro, según se aprecia en las referencias humorísticas a la posibilidad de ser asesinado en el urinario, como le ocurrió a un muchacho de 17 años: «–¡Y a vos querida! ¿Cuándo te matan?» (31). La escritura deliberadamente «marica» de Greco, en la que se entrelazan el detalle autobiográfico con la más pura fabulación, podría afiliarse con muchas otras plumas irreverentes argentinas que celebraron los placeres del «yiro», un linaje que debería incluir, entre otros nombres, a Osvaldo Lamborghini, Néstor Perlongher, Fernando Noy, Alejandro Modarelli y Gael Policano Rossi.

Los textos de Arias y Greco constituyen testimonios invaluable de una época en que los varones que deseaban a otros varones debían ingeniárselas para dar rienda suelta a su deseo, y encontraban en las capitales europeas un espacio especialmente propicio, lejos de una Buenos Aires donde se intensificaban cada vez más las razias de «amorales» y donde, como hemos señalado, la literatura de temática homosexual explícita era perseguida bajo la acusación de obscenidad. La narrativa en torno al «yiro» europeo ha tenido, por lo demás, una descendencia directa en libros como *El misterioso amor de la brújula. Memorias truncas 1965-2009*, de Raúl Rossetti (1945-2010), o en *Nunca nunca nunca quisiera volver a casa* (2020) de Martín Villagarcía, dos ejemplos de autores de diferentes generaciones que coinciden en su exploración del sexo gay durante sus viajes por Europa; uno en las efervescentes décadas de los 70 y los 80; otro en la actualidad, en plena era de aplicaciones como Grindr, cuando el «yiro» se ha desplazado de calles, baños y parques a las pantallas de los teléfonos móviles.

Conclusiones

El recorrido por distintas dimensiones y representaciones del «yiro» en la literatura argentina durante las seis primeras décadas del siglo XX permite delinear dos conclusiones u observaciones generales. En primer lugar, el «yiro» constituyó, a lo largo de este periodo, una práctica central en el circuito homoerótico porteño, pero no podía ser narrada, visibilizada. Existía, ocurría, pero debía mantenerse fuera de la escena literaria y cultural. Son escasos, por lo tanto, los testimonios que podemos recoger, en su mayoría referencias aisladas en la literatura –como en el caso de *Los invertidos* de José González Castillo– o en textos (pseudo)científicos y periodísticos cuyo objetivo es condenar unas prácticas consideradas perturbadoras para el orden social, según se puede apreciar en *La mala vida en Buenos Aires*, a principios del siglo, y en la revista *Los amorales*, hacia finales de los

años 50. Otras excepciones las constituyen obras inéditas hasta fechas muy recientes, como los cuadernos de Alberto Greco (donde el «yiro» es abordado sin subterfugios, en clave lúdica), o fuentes que se creían extraviadas, como los expedientes judiciales relativos al «escándalo» de los cadetes del Colegio Militar (a través de los cuales se constata cuán extendida estaba la cultura homosexual en la ciudad de Buenos Aires ya en los años 40). En el caso de los diarios de viaje por Europa de Abelardo Arias, el «yiro» es objeto de una representación ambigua que dificulta su legibilidad: se requiere un lector «entendido» que logre decodificar las sutiles pistas lanzadas por el autor. Párrafo aparte merece el fragmento de la novela *Dar la cara* de David Viñas, quien da cuenta del «yiro» homosexual en una obra que pretende ofrecer un fresco de la sociedad porteña de los años 50. Ese breve pasaje, escrito por un autor heterosexual, desvela los códigos de sociabilidad homosexual que escritores como Carlos Correas y Renato Pellegrini pusieron en el centro de su narrativa de forma coetánea, exponiéndose de ese modo a la censura y a un ostracismo de varias décadas en el campo literario argentino.

En segundo lugar, puede afirmarse que el «yiro» ha sido objeto de valoraciones negativas desde discursos externos –como la literatura médico-criminológica o la prensa sensacionalista– pero cuando son los propios sujetos implicados quienes dan su testimonio la visión resulta muy diferente. Ya hay atisbos de una afirmación de desobediencia sexual en la «autobiografía» de la Bella Otero, en 1903, y lo mismo puede afirmarse de las «maricas» de las clases populares de *Los invertidos*, que «tiran la chanqueta», es decir, no dudan en mostrar en público sus preferencias eróticas, incluso a costa de perder el estatus «masculino». Más precavidos, pues a partir de los años 40 se reforzó la vigilancia policial sobre conductas sexuales consideradas «desviadas», los homosexuales de clase media negociaron su deseo en una amplia topografía homoerótica desplegada en calles, parques, estaciones ferroviarias y otros enclaves de encuentro gay.³⁴ Los textos que dan cuenta de estos circuitos muestran que existía una notable cultura sexual pública que la amenaza policial (o de varones que no «entendían»),³⁵ no conseguía

³⁴ Correas y Pellegrini trazan mapas muy detallados del «yiro» en la ciudad de Buenos Aires, sin embargo, la ausencia de valoraciones morales negativas que se constata en el primero – quien narra con naturalidad los encuentros callejeros entre varones en «La narración de la historia»– contrasta con la mirada más ambivalente de Pellegrini, quien en línea con el ideario homófilo sugiere, en *Asfalto*, que los encuentros casuales con otros hombres constituyen solo el puente hacia el tipo de relación romántica que la novela acaba postulando como más deseable, basada en la estabilidad y la monogamia.

³⁵ En efecto, los homosexuales podían ser víctimas de la violencia de varones heterosexuales: Del Vito, en *Dar la cara*, teme que una «barrita» de jóvenes pueda golpearlo. *Reina del Plata*, de Bernardo Kordon, incluye también una escena en que varios muchachos atacan y roban a un hombre homosexual. En *El homosexual en la Argentina* (1965), un curioso manual divulgativo de Carlos A. Da Gris, se alude además a las situaciones de extorsión padecidas muchas veces por varones homosexuales.

reducir.³⁶ El «escándalo» de los cadetes del Colegio Militar constituye el hito inicial de una visibilidad que se irá incrementado, al tiempo que se consolida una subcultura homosexual en la capital porteña. En términos discursivos, dos líneas principales definen la representación del «yiro» (y de la sociabilidad homosexual en sentido amplio): la línea lúdica/barroca que inauguran la Bella Otero y *Los invertidos* y que continúa en Alberto Greco, por una parte;³⁷ y la tendencia objetiva/realista común al testimonio judicial de Ballvé Piñero y a la narrativa de David Viñas, Carlos Correas o Renato Pellegrini, por otra. Desde la perspectiva que condena la homosexualidad en general y la práctica del «yiro» en particular la retórica utilizada, incluso si se trata de un ensayo médico-criminológico de pretendida objetividad, abreva en el mismo repertorio de calificativos –hechos y/o sujetos «amorales», «degenerados», «pervertidos», «repugnantes», «aberrantes»– con que el discurso, tanto científico como popular, marcó las fronteras de su propia normalidad frente a una Otredad disidente en términos no solo de género y sexualidad, sino también de clase, estatus socio-económico, raza y nacionalidad.

Los textos propuestos para este recorrido confirman, en suma, que pese a ser irrepresentable, el «yiro» constituyó una institución fundamental de la socialización homosexual/marica en la ciudad de Buenos Aires a lo largo del siglo XX. Las huellas literarias que conservamos, a la que vez refractan esa realidad innominada, sientan las bases de una tradición de disidencias sexuales/textuales que llega hasta nuestros días. Es indispensable, por lo tanto, remontarse hasta esos textos que, con mayor o menor grado de franqueza, dieron cuenta de las derivas del deseo homoerótico en contextos mayormente hostiles a la disidencia sexogenérica. Sin estos atisbos pioneros de desobediencia –y de resistencia heteronormativa a los mismos– no se comprende la posterior celebración de prácticas sexuales fuera de la norma que reivindicarán no solo numerosos autores, de Néstor Perlongher a Oscar Hermes Villordo, sino también el combativo activismo gay de los años 70 y sus herederas, las agrupaciones queer de nuestros días.

BIBLIOGRAFÍA

Acha, Omar (2014): *Crónica sentimental de la Argentina peronista. Sexo, inconsciente e ideología, 1945-1955*. Buenos Aires: Prometeo.

³⁶ En una entrevista personal con Malva, autora de *Mi recordatorio*, realizada en abril de 2014, la autora se refirió a la persecución que sufrieron homosexuales y «maricas» a partir de los años 40, y enfatizó que ella y otros «diferentes sexuales» no se dejaban abatir: «Yo salía de una comisaría y yo iba al mismo lugar que me habían agarrado, sabiendo que me podía ocurrir lo mismo, y de hecho me ocurría. Pero no nos amedrentaban, de ninguna manera. [...] Ese fue el valor, digamos, de nuestra lucha».

³⁷ Cabría incluir en esta tendencia el relato «Los jóvenes» de Carlos Correas, escrito en 1953 pero que se mantuvo inédito hasta 2012, y que estéticamente resulta muy diferente al resto de la narrativa del escritor.

- Arias, Abelardo (1977 [1954]): *París-Roma, de lo visto y lo tocado*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Arias, Abelardo (1957): *Viaje Latino. Francia, Suiza y Toscana*. Buenos Aires: Tirso.
- Arias, Abelardo (2010 [1969]): «Mar del Plata o el amor». En Quiroga, J. (ed.), *Mapa callejero. Crónicas sobre lo gay desde América Latina* (pp.155-165). Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Bao, Daniel (1993), «*Invertidos sexuales, tortilleras y maricas machos: the Construction of Homosexuality in Buenos Aires, 1900-1950*». *Journal of Homosexuality*, 24, 3-4, pp. 183-219.
- Bazán, Osvaldo (2006 [2004]): *Historia de la homosexualidad en la Argentina. De la Conquista de América al Siglo XXI*. Buenos Aires: Marea.
- Ben, Pablo (2009): *Male Sexuality, the Popular Classes and the State: Buenos Aires, 1880-1955* (Tesis Doctoral). University of Chicago: Estados Unidos.
- Bocchino, Adriana (2012): «Empecinada lucidez. David Viñas en blanco y negro». *CELEHIS. Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas*, 23, pp. 289-306.
- Conde, Oscar (2003): *Diccionario etimológico del Lunfardo*. Buenos Aires: Aguilar.
- Cortés, José Miguel G. (2010): *Políticas del espacio. Arquitectura, género y control social*. Barcelona: Institut d'Arquitectura Avançada de Catalunya.
- De Certeau, Michel (2000 [1980]): *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer* (trad. A. Pescador). México DF: Universidad Iberoamericana.
- Demaría, Gonzalo (2020): *Cacería. Una historia real*. Buenos Aires: Planeta.
- Gasparri, Javier (2022): «Narrar la deriva derivando». *Caracol*, 25, pp. 297-351.
- Gobello, José (1977), *Diccionario de Lunfardo y de otros términos antiguos y modernos usuales en Buenos Aires*. Buenos Aires: Peña Lillo, Precursora y Nereo.
- González Castillo, José (2015 [1914]): *Los invertidos*. Buenos Aires: Corregidor.
- Gómez, Eusebio (1908): *La mala vida en Buenos Aires*. Buenos Aires: Juan Roldán.
- Jáuregui, Carlos (1987): *La homosexualidad en la Argentina*. Buenos Aires: Tarso.
- Kokalov, Assen (2021): *El espacio urbano queer en Latinoamérica*. Lérida: Universidad de Lérida.
- Langarita, José Antonio (2015): *En tu árbol o en el mío. Una aproximación etnográfica a la práctica de sexo anónimo entre hombres*. Barcelona: Bellaterra.
- Los amorales*, N.º 6 («Las falsas vírgenes»). Buenos Aires, noviembre de 1957.
- Los amorales*, N.º 7 («Las malcasadas»). Buenos Aires, enero de 1958.
- Lugones, Benigno (2011 [1879]): «Pródromo a una descripción de la pederastia pasiva». En *Crónicas, folletines y otros escritos (1879-1884)* (pp. 163-170). Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Malva (2010): *Mi recordatorio. Autobiografía de Malva*. Buenos Aires: Libros del Rojas.
- Meccia, Ernesto (2011): *Los últimos homosexuales. Sociología de la homosexualidad y de la gaycidad*. Buenos Aires: Gran Aldea.
- Meccia, Ernesto (2016): «Letras libres». *Suplemento Soy*. Disponible en <https://www.pagina12.com.ar/15114-letras-libres>
- Mérida Jiménez, Rafael M. (2023): «La Bella Otero (¿1880?- ¿d. 1915?)». En Ramos Arteaga, J. A., Mérida Jiménez, R. M. y Conesa Cortés, R. (eds.), *Memoria a*

- la intemperie. (Auto)biografías trans hispánicas* (pp. 18-23). Lérida: Universidad de Lérida.
- Mira, Alberto (1999): *Para entendernos. Diccionario de cultura homosexual, gay y lesbica*. Madrid: Ediciones de la Tempestad.
- Mirón, Ernesto (1935): *Pupilos, mediopupilos y externos*. Buenos Aires: edición del autor.
- Oliveto, Mariano (2022): «Naturalismo y pederastia en Benigno Lugones». *A contracorriente. Revista de Historia Social y Literatura en América Latina*, 19, pp. 236-259.
- Park, Robert Ezra (1999 [1915]): *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*, (trad. E. Martínez). Barcelona: Serbal.
- Pellejero, Paula y Pellejero, Eduardo (eds.) (2020): *La aventura de lo real. Escritos de Alberto Greco*. Buenos Aires: Ediciones Julián Mizrahi.
- Peralta, Jorge Luis (2021). *La ciudad amoral. Espacio urbano y disidencia sexual en Renato Pellegrini y Carlos Correas*. Buenos Aires: Eduvim.
- Peralta, Jorge Luis (2017): *Paisajes de varones. Genealogías del homoerotismo en la literatura argentina*. Barcelona: Icaria.
- Perlongher, Néstor (2017 [1993]): *La prostitución masculina*. Buenos Aires: Mardreselva.
- Ruby, Gayle (1989 [1984]): «Reflexionando sobre sexo. Notas para una teoría radical de la sexualidad» (trad. J. Velasco y M. A. Toda). En Vance, C. (ed.), *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina* (pp. 113-190). Madrid: Talasa.
- Saguier, Eduardo (2007): *Genealogía de la tragedia argentina. Auge y colapso de un fragmento de estado o la violenta transición de un orden imperial-absolutista a un orden nacional-republicano (1600-1900)*. Disponible en: <https://lc.cx/L5AMot>
- Salessi, Jorge (2000 [1995]): *Médicos maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la Nación Argentina (1871-1914)*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Salessi, Jorge (2023): *Médicos maleantes y maricas*. Buenos Aires: Planeta. [Nueva versión ampliada y corregida]
- Sebreli, Juan José (1997): «Historia secreta de los homosexuales en Buenos Aires». En *Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades* (pp. 275-370). Buenos Aires: Sudamericana.
- Sebreli, Juan José (2005): *El tiempo de una vida*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Sívori, Horacio Federico (2005): *Locas, chongos y gays. Sociabilidad homosexual masculina durante la década de 1990*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Trerotola, Diego (2011): «Transgénero criollo». *Suplemento Soy*. Disponible en <http://goo.gl/e2cwv>
- Viñas, David (1969 [1962]): *Dar la cara*. Buenos Aires: Jamcana.
- Zangrandi, Marcos (2022): *Los agentes dobles. Escritores y cineastas en la transformación del cine argentino*. Rosario: Beatriz Viterbo.